

LA PROFECIA DE ENRIQUE LLURIA

POR JESÚS CASTELLANOS



Estableció Platón en una de sus admirables DEFINICIONES que «el inteligente tiene un derecho sobre el ignorante: el derecho de instruirle». No confirmó la práctica este apotegma, en la historia miserable de la humanidad antigua, de la medioeval, ni de la moderna: el inteligente apenas tuvo el derecho de entretener el estómago adulando en forma de bufón, cronista real o sacerdote, al ignorante, tirano y rebanador de cabezas. Y es hora, veinte y tres siglos después de que el amable idealista vertió su fórmula, que comienza el obrero del cerebro a ejercer su derecho indiscutible sobre el rebaño de imbéciles que trisca a su alrededor rumiando su pasto de doctrinas estancadas e injustas.

Asistimos en este alborar de siglo al fenómeno curioso del dominio práctico de una mayoría indocta por una minoría intelectual. El caso empezó por una simple influencia en la dirección de las ideas: un grupo de estudiantes y jóvenes doctores animosos abrevaba en el manantial fecundo del Determinismo Filosófico, y de seguida se lanzaba a la derivación y desenvolvimiento de la idea matriz en ideas concretas relativas al régimen económico, a las leyes de la penalidad, a las relaciones civiles de la familia, la urbe y la patria. Chocaron en cada especialización con el mecanismo arraigado de las instituciones viejas, y después de algunos años de lucha lo vencieron, pasando de las academias a las Cámaras Legislativas. El pueblo de los campos siguió pensando según la norma ordenada por el señor feudal a sus abuelos, pero sus diputados olvidaban los principios de sus mandatarios y sostenían el criterio del libro leído recientemente.

Y así domina a la Francia ultramontana y jerárquica, una minoría de socialistas intelectuales que lleva a la tierra que Dieu protege a mayores días de gloria que los que le diera Napoleón. Y así se hace dueña del Reichstag alemán la legión de Bebel, contra todas las presiones de los férreos anillos de Bismarck. Y así se convierte la Italia de los Papas en una Italia socialista. Y así envía el Labour Party inglés en las elecciones de Febrero, una representación nueva que anonada al Parlamento... El núcleo social representado por la población de los campos, y junto a él la banda de

corativa de antiguas jerarquías, continuará encariñándose con cronicones imperiales y sacando en rogativas la imagen local en cada amenaza de inundación... Pero las Cámaras lanzan leyes obligatorias y entretando el libro invade las fábricas y alecciona al proletariado, dando en él a los innovadores un aporte popular más fuerte que el de los aldeanos.

Como una muestra elocuente del alcance que pueda lograr esta redención del mundo por los intelectuales, conviene leer (y meditar, dice Malato en el epílogo) el generoso y penetrante libro que en España acaba de publicar con el título de Humanidad del Porvenir, nuestro compatriota ilustre el Dr. Enrique Lluria, joven médico y sociólogo que en otra época hubiera comulgado, por su posición económica con las ideas egoístas y desdeñosas de la burguesía adinerada.

Humanidad del Porvenir es un bello complemento y condensación de aquellas hermosas inducciones que hace un año diera a las prensas el mismo autor bajo el rubro de Evolución Super-Orgánica. Aplicando Lluria, en una tesis perfectamente original, las leyes de la neurología humana a todo el organismo social, dibujaba el panorama de la estirpe homo sapiens en el futuro y como familia. La ley de la evolución, continúa, nos permite pensar que no ha de ser el hombre el término definitivo de la escala natural: así, pues, debemos ir preparando el camino a los organismos del porvenir, mejorando las condiciones de vida de la especie humana, con lo cual la selección de los mejores tipos se encontrará favorecida. Observemos la Naturaleza, maestra única, cuyo olvido nuestro es causa de todos los errores: «en la evolución de los miembros torácicos en la serie de los vertebrados, veremos como la aleta del pez se transforma más tarde en el ala del águila, en la garra del león y por fin en la mano del hombre; pero paralelamente a este proceso de diferenciación física se ha ido produciendo, concomitante en dichos animales, otro proceso psíquico y también los cerebros se han ido perfeccionando desde los peces hasta el hombre».

Llega la escala a su punto culminante, al hombre, y aquí termina la evolución orgánica. Pero sobre él (sobre su psiquis) se forma un super-organismo, la Humanidad con su psiquis colectiva; y correlativamente sus medios de acción, sus músculos, se han convertido en las poderosas máquinas de acero. «La Humanidad y la Máquina son los dos términos de la Evolución Super-Orgánica sobre la tierra; son una diferenciación del Origen Simple, como lo son la Fuerza y la Materia en la evolución inorgánica; lo Psíquico y lo Físico en la evolución orgánica». Tal es la idea capital del primer libro de Lluria.

Y como consecuencia viene la aplicación práctica en el **segundo** volumen. Puesto que los dos extremos, Humanidad y Máquina, han

alcanzado un intenso desarrollo, combinémoslos a fin de que la fuerza enorme de la segunda —que ha alcanzado ahora simplificaciones asombrosas de trabajo— sirva a toda la masa de la primera donde vergonzosos es reconocerlo, todavía se padece hambre material.

«La naturaleza, dice Lluria, es el patrimonio de la Humanidad», y después de este axioma del tiempo de Max Stiorner, concluye que ha llegado la época de la Socialización de la Naturaleza; «de una parte la Madre Tierra, valiéndose de las máquinas, asegurará la vida vegetativa, prodigando todos sus elementos con la misma magnificencia con que prodiga el aire y la luz, y de otra parte, el mundo de las ideas progresando en las Ciencias y en las Artes». El esclavo de acero sustituirá por completo al hambre. ¿Cómo da Lluria por iniciada la transformación social, que hará vivir al hombre como corresponde a un planeta rico?.

La organización de Sociedades Cooperativas de Producción y Consumo pone al mundo en la ruta. Desde el último tercio de siglo aparecieron en algunas ciudades inglesas las primeras cooperativas, que fueron de producción, y que juntaron el esfuerzo de los obreros dándoles el consuelo de ganar en un tanto por ciento relativo al esfuerzo realizado: la colaboración de los trabajos modestos, no estando menoscabada por el acicate de excepcionales dividendos, determinó una ventaja de precios en el mercado, los inventos de maquinaria ayudaron la mano de obra, y hoy constituyen formidables organismos que combinados con las cooperativas de consumo proporcionan una mayor recompensa por el esfuerzo, al paso que un abaratamiento de la vida material. Cada socio representa con su familia una acción, más o menos grande; y el porvenir queda asegurado.

Lluria inserta el dato de una cooperativa fundada en Manchester en 1864, que en 1898 hizo transacciones por 312.500.000 francos contando 1.118.158 socios cooperadores. Otros números importantes hubiera añadido a leer el sustancioso libro que sobre tal tema viene publicando en Nuestro Tiempo de Madrid, el diputado Rivas Moreno: por él se ve que en Dinamarca son cooperativos los veinte y nueve mataderos que existen, agrupando a 67.200 miembros; que sólo para la venta de ganado existen 150 cooperativas en Alemania con una cifra de negocios de 18.500.000 marcos; que en Holanda excede de 5000 el número de las cooperativas de producción de toda clase y que las de consumo son 428. Todas ellas poseen vapores y almacenes, que suprimen de facto el eslabón intermediario e inútil del comercio.

El autor de Humanidad del Porvenir lo espera todo, para la redención económica de la fusión de estas asociaciones en grandes núcleos. Habla desde el año hipotético de 1925 y resume los acon-

tecimientos hasta entonces en esta forma: «Las asociaciones de obreros fueron una consecuencia lógica del progreso de la máquina y de acción simultánea y solidaria: las asociaciones fueron primero locales, luego nacionales y más tarde internacionales... La producción fue transformando su carácter individual en comunista... Las ciencias crearon cada día nuevas ideas; los saltos de agua fueron reunidos por sistema de cables, que repartían la fuerza eléctrica según las necesidades, y se aprovechó en turbinas la fuerza de las mareas; la radioactividad guió el movimiento y la dirección de las nubes y recogió las energías latentes que se acumulan en la atmósfera. .. La gran fuerza de la creación fue poniéndose al servicio de los hombres para ahorrar el problema del motor...»

También refuerzan este panorama de ampliación probable hacia la Federación Universal, los datos de Rivas Moreno: Existe en Alemania la Federación de Darmstad con 10.165 cooperativas, la General de Neuwied con 4.000 y la Alianza de Agricultores de Berlín con 462. La Unión Suiza de Sociedades de Consumo cuenta con 175 cooperativas, representativas de 118.000 socios. Lluria, por su parte, calcula que si en 1896 se hubieran fusionado todas las federaciones inglesas se habrían asociado 1.500.000 familias; poco más o menos 6.000.000 de individuos.

Resulta de una fuerza incontrastable la hipótesis del doctor Lluria. Si no la redención política, que implica un cambio improbable en nuestras ideas morales y de este aspecto no se ocupa, bien lamentablemente, el autor —al menos se habrá conquistado lo que es primordial, la redención económica. Facilitada la vida vegetativa por la extraordinaria baratura de los artículos— y aquí se estima como precio la cantidad de esfuerzo humano —irá declinando el régimen capitalista, por no tener razón de ser ni campo donde explotar, ya que no habrá hombre previsor que no se halle afiliado a una federación comunista. La burguesía y el proletariado quedarán confundidos... La desaparición de los Estados y de los antagonismos que sostienen ejércitos y marinas, es cosa consecuente.

Es posible que no sea esta la solución del gran problema social. En todo caso habrá que buscarla por otros rumbos inmediatamente; porque el Maquinismo la impone, ya que ha hecho imposible la vida de una gran parte de la población humana dentro del régimen capitalista. En libro reciente —que también cita Lluria— del economista francés Jules Méline, quedó demostrado que en un período de veinte años de maquinismo continuo, con inventos sucesivos que fueran ahorrando mano de obra, sobrevendrían numerosos paros forzosos, diezmando la población obrera. Los capitalistas interesados en que los precios no bajen demasiado, contienen la sobre producción limitando sus tareas y despidiendo a los jornaleros en montones. Méline anota el hecho de la industria algodonera inglesa que de 1891 hasta 1904 alcanzó un aumento de 3.6 por ciento de

máquinas cardadoras y disminuyó proporcionalmente en un 3.8 por ciento de sus obreros. La miseria por todo horizonte se ofrece al proletariado dentro de esta organización que rige su producción, no por las necesidades humanas sino por el prestigio de las tarifas.

El economista francés clama que en la tierra está la única salvación. Pero, ¿en qué tierra? ¿la que gravan los censos de la nobleza?... Ah, no, la que redimirán las cooperativas agrícolas. Y siempre hay que venir al comunismo.

En suma: Lluria ha consumado una obra buena y una obra intensa. ¿Práctica? ¡Quién sabe!... «Las Revoluciones, dijo Paul Louis, están casi cumplidas cuando llegan a formar un programa».

«El Fígaro». Vol. XXII. No. 34. La Habana 1906. Pág. 341-342.

